

POEMAS

José de Jesús Sampedro

NIEBLA

camina
de noche
con los pies
mojados
y la voz
helada
traspasa
la calle
y después
se esfuma.

EL PORVENIR LITERARIO

Pasan los meses
todos los días pienso
en esos poemas
desconocidos
que pronto escribiré.

LA MUJER

En cada movimiento
de tu cuerpo
hay un poema escondido
atrapado
suspendido
de tus manos
que no puede
ver la luz
por la inutilidad
de los poetas

DE PRONTO UNA CALLE A LAS 12 P.M.

Voy contando los pasos:

uno dos cuatro

La calle se tuerce
para conducirme

El piso
está manchado de pasos
y los ojos agonizan
en un punto callejero

La luz
dobla imágenes
de viento
y recuerdos desbastados
Los ruidos
de la escritura
forman voces
terribles
que no suenan

Repentinos
inventos
imaginarios
de la soledad
y sus figuras

La noche
es una fábrica
de siluetas
sin color
y sin historia
anterior
a las tinieblas

La calle guarda
rostros de arena
y fechas y citas y encuentros
imprevistos

El silencio estalla
llenando de ruido el aire
Incrementa la población
y duerme sobre los vidrios
de la ciudad

Yo
camino aullando una tonada
hasta que mis pies
se borran
en la niebla de las calles
que invento
para seguir
masticando más hondo
mis fantasmas

CADA VEZ MAS VAGA

A veces
venía de repente
y no decía nada.
Callaba
 para hablar
Otras veces
alargaba
una expresión
en cada mano
 y emitía
prolongados sonidos
de su cuerpo
La vi mil veces
su forma me ocultaba
su figura
 Caminaba suavemente
reflejando
otra luz entre sus piernas
otro mundo entre sus brazos
Escondía en el viento
pedazos de ella misma
 Venía incompleta
y completaba mis pedazos
Hablaban en silencio
El silencio era parte
de su lengua
y era nombre de su voz
Era detallada
como una hoja
o como un trozo de tela
Era ella y más que ella
robaba aspectos de otras figuras
y se desnudaba de caricias imposibles
 No venía y llegaba
Llegaba convertida
Transformada en un poema
o en un puñado de hierba
 Era más puntual que el tiempo
 más imaginaria que el espacio
 y más real que el tiempo y el espacio.
Llegaba y no venía
pasaba de largo como el agua
pasaba cambiando edades
rompiendo patrones musicales
vistiendo ropajes imprevistos
y salvajes
 Se ocultaba en mis labios
 se escondía en mis cabellos

y escapaba por mis venas
 convertida en sangre
A veces
La sorprendía la noche en mi memoria
en un rincón ardiente y tormentoso
Desplazaba la materia
de mi cuerpo
 Sembraba sus ansias en mi piel
y brotaba en frutos
maduros y jugosos
Lloraba sin llanto
y entonces
 era
como una gota confusa
que se resistía
a tocar la luz
Cada vez más blanca
se repetía en mí
como los días
 Era magnífica
y dibujaba
su contorno húmedo
en el centro del sol
Pero venía de repente
y callaba para siempre
En ella se concentraban
 un millón de formas
Yo
la vi mil veces
y nunca
 la vi

LA CIUDAD

La calle
 reviste
otra vez
 la ciudad
Refleja
profundidades
desbordadas
de profundidad
y carnaval
de soledad
La ciudad
 es
otro mundo
 que
ha dejado
 caer
mil siglos
 y
un minuto
de
eternidad



LA COMADRE JUANA

Jaime Arellano López / Instituto Politécnico Nacional

Día:Noche. La oscuridad luminosa, como aura colectiva, de perfil a perfil, instala su cuerpo en mis recuerdos inmediatos: pasaporte y visa el mismo día, en el mismo papel imaginario; casi regalado: dentadura y sonrisa impecables. No soporto el frío.

Estoy en la plataforma, piso aburrido, conformista. Debajo de ella. . . no sé, no alcanzo a decir por qué estoy aquí. Quizá el dolor de estómago que tenía desde hace años me impulsó a cubrir los trámites de migración y sacar el pasaporte.

Estoy en la frontera: mojoneras y alambres de púas espaciados según el deseo de cada quién, ¿quién, yo y todos los cuerpos inmóviles, tirados, que no miran?

Sólo puedo ver, de los pies hacia arriba, cómo aumenta la ausencia hasta llegar al pecho. La siento en mi cara y suspensa en las mojoneras. . . las bases de éstas se pierden en la mirada que abarca la plataforma, que se llena con su presencia de línea recta; blanqueadas tenuemente en el sopor de abajo. El límite. Magnetismo. Mis entrañas, las únicas vivas, embonan en su estructura; el intento por controlarlas es vano, no me importa. Aunque me retuerza y voltee, sólo hay dos direcciones, seguir o regresar. Ahora me doy cuenta que siempre he permanecido de algún modo aquí. No comprendía los gritos ¿hacia dónde iban o hacia dónde llamaban? sordo al interior, viendo a través del neón y del pelo de ángel. Permanencia artificial. Acompañado por personas de la misma estatura, ciegas. Si uno intenta caminar, sólo hay dos direcciones: es más cómodo no hacerlo; los pies son ignorados, las piernas adormecidas. . . ¿De qué sirven los despertadores si nos da flojera fabricarlos? Uno dos dos uno tiempo estático de raíces pegadas con resistol; no germina más allá del pelo calvo.

Llega y se cosecha solo. Me he preguntado quién lo sembró y para qué se cosecha, ¿si no dejara de crecer? La ilusión del bípedo desaparece: nos arrastramos entre su tallo, tocándonos el pie, con la mano del mismo lado.

Ahora que mis entrañas no me pertenecen, las mojoneras quedan selladas. Los alambres de púas que las unen uno dos dos uno de abajo hacia arriba inyectados de penumbra, atraen a los dedos: tendré que sentarme al menos. La imaginación es pequeña. Imagino mis pies moviéndose hacia los alambres inferiores. . . los sigo pecho tierra como un gusano inadaptado, tal vez no soy más que eso. Tiemblo. Mi mano tiembla: se cimbra mi cuerpo vacío. . . sólo tengo aire. La derecha sube en ellos. Arpa burlona. Luego la izquierda. Melodía lenta, autoinducida: no sé cuántos son. Mi cuerpo no importa, pero los ojos de retuercen de temor. . . que las piernas se estiren, que los ahoguen en la penumbra y se acabe el recreo. Las manos se hipnotizan "esto es nuevo" —, las piernas se estiran solas y se pegan a las púas. Sonó la campana, las clases comienzan de nuevo. Ya sólo veo mis pies y las figuras de las otras personas siempre inmóviles. No se ve nada más allá de arriba ni enfrente.

Después de la frontera hay oscuridad total desde el suelo. Quizá es todavía la plataforma. Me quito los zapatos; los pies desnudos se lanzan a una aventura enervante; decisión extrema al impulso de la indiferencia. Un alambre se dice el último cuando las risas cierran su ataúd.

Piel sonámbula. El aire estira y encoge mis piernas y brazos como marioneta, me hace saltar los alambres. Asalto al negro. La altura de las mojoneras del último de los alambres es mi altura. Sigo teniendo espalda, pero ahora contempla una vastedad de penumbra y un ambiente remoto desconocidos; aquí no veo ni el piso de la plataforma, siento que no es ella.

Saludo de presentación: una fineza de tacto extraordinaria es amante de mis pies a partir de este momento. Exactamente toda la tierra ahonda en mi sensibilidad, exigiendo ser escuchada, acogida. Un pensamiento: en esencia la piel es una sola, cubre todo un cuerpo; el mío al menos. Aunque la vista es plana. . . ciudades inmensas de letras nuevas, accidentes geográficos intangibles como búhos madrugadores, el pico no se cierra, nunca se ha cerrado: telescopio al revés. Hubo alguna razón para que nacieran. . . ¡ellos la saben! pero es un idioma que no imagino, sin código ni alfabeto. . . letras que no son letras. Palabras sin oídos ni labios. . . ESTOY EN LA MITAD. . . conservan, a su pesar, su íntima independencia; promesas truncadas. . . no logro entender nada, soy totalmente un extraño. Allá, tras las púas me podía desconectar el audífono, aquí es compañía obligatoria de cintas robots, pirañas grabadas, distintas a cada palmo; no dejan de decir su lección, el libro es inmenso. VALVULA ABIERTA CON EL CAÑON TAPADO. Turbulencias que poco a poco erosionan su materia íntima. . . mi materia pensamiento. . . mi materia conciencia. ¿A dónde caminar si siento todo, si cada trozo es un fin y un principio? Vuelvo a estar inadaptado con la ley doblemente desconocida ¿culpable? . . . pasaporte, visa, boleto, transporte, ganas. . . un tache, un escupitajo. . . Las turbulencias también pueden erosionar el tapón. . . tiempo ¿cuánto? uno. . . dos! ! ! ! no! ! ! ! (alivio) aquí no.

Nunca me sentí tan bien estando parado, aunque basta un pequeño terremoto, una ligera explosión atómica del viento para cambiar ese estado por otro modo y punto. . . también perfectos. Mover los pies, caminar. . . novedad terriblemente agradable.

Mi pensamiento, mi razón-mitad, mi lengua, mi saliva, mi otra mitad. Posición débil. Capricho, volteo-Igual; sólo hasta que estoy exactamente contrario a mi posición anterior, antagónico a las fórmulas que me habían hecho desertar descubro el punto que no es luz, infinitamente lejano, pero frente, junto a mí. Sí, me he cortado los párpados y tengo los ojos al revés viendo hacia la espalda ¡tontos! ¡es la oportunidad! . . . un paso. Las lenguas lamieron mis pies hasta hacerme perder el sentido no sé por cuánto tiempo. Sólo sé que me dirigía hacia el punto, todo lo que hay dentro del cráneo hizo su *happening*, después de la fiesta todo lo que quedaba es el interior de una cámara fotográfica, interior redondo.

Esfera de materia vieja, relieve de todas las formas que no puedo imaginar y las que sí, ahora sé que soy un gusano; puedo subir por las paredes o mejor dicho la pared esférica, sin nungún esfuerzo normal; se hunden manos y pies, las sensaciones suben, revolotean, hacen tap! ! tap! ! diferente a afuera ¿afuera? Son de una liviandad indescriptible a una aspereza que hace perder el sentido y no recuerdo nada. Avanzo despierto, no deseo moverme, he descubierto otra cosa: miedo a pegar el cuerpo a la pared como gusano ¿cuándo me desvestí? , a lo mejor no despierto más.

En mi posición cuatro patas siento todo ronroneo de esta esfera labrada. No hay gravedad.

En un punto cualquiera, siete individuos sentados, formando un círculo

cóncavo. Nunca han dicho nada. Su cuerpo es el mío excepto que sus pies no tienen arco y los surcos de su piel son mucho menos profundos: no los tienen; y sensitivos de cualquier y todas las coloraciones. Yo diría que no se conocen y en su origen están íntimamente ligados y presos durante una vida. A pesar de ser un extraño siento que los conozco más que a mi espejo y mi peine. Cómo me gustaría charlar, en su idioma, con esos cuerpos rellenos de caprichos ajenos y de gustos tan exquisitos como atroces, recuperar sus entrañas con las mías. Tienen horario estricto. Mi presencia es necesariamente sorpresa, pero nunca me verán porque ahí están y sólo eso importa.

El ínfimo relieve despierta su voraz apetito. El rostro. . . oculto. La atmósfera de vacío sedimentó por fin, y por estar en la mitad aún, ahora sin sentirlo ni verlo, en los huecos de mi cerebro otra cámara automática reveló las raíces de tiempo y de fondo un intento de dar paso atrás, con la presencia del miedo, del pavor de otro nombre. . . ;pero son sólo eso, fotografías sin importancia real con las que me he vestido desde que pude sonarme la nariz yo solo! No sé más. Se nubló, se veló la fotografía. Afortunadamente el aire que todavía contenía mi cuerpo fue absorbido por la atmósfera y no di ese paso.

. . . círculo cóncavo de siete polos independientes con una distancia definida entre cada dependencia; distancia que está a su disposición. Arcilla de tiempo deformada sin nosotros, marionetas fatuas en un lindo carrusel, se abre el obturador: comienza el rito.

En un punto al azar. Mis pies avanzan con lentitud, con suavidad, ignorando el medio cuando el hueco lo manda ¿es posible tal dominio? La función del circo comienza. ¿Cuándo? ¿Cuándo termina? Pero el obturador se abre lo suficiente y me veo iniciando una rutina sagrada. Aún aquí la ausencia cubre la cara, las siete caras. No hay ninguna ley para camñar y comenzar en el sitio más a mi gusto. En el momento en que se da la señal ¿quién la da? el color de la piel cambia y da de brincos. Los relieves hablan, gesticulan, se jalan los pelos. No comprendo. Pero allí, mi doble se contorñea, lo sabe. Susurros, gritos; lo saborea, lo maldice; lo quiere dominar, se deja dominar en un torneo en el que nadie pierde, porque ese concepto no existe. Cópula de cuerpos vivos. Cambiando de matiz, cambiando de torrente. Aunque sea aburrido o dichoso nunca permanece, las acciones se suceden dentro de él. La bóveda-espejo de las caras ausentes en las otras personas que estaban en la plataforma también tienen su cine, y sus cuerpos viven con los míos; separados sólo por el espesor de nuestras cámaras, pero entre ellas hay dilatación, cópula de ondas; lenguajes diversos, pero sentados en la misma silla aunque la misantropía total impere en el exterior y aun en la mitad, si es que se encuentran como yo. ¡Oh cuerpos, movimiento ciego, movimiento vivo! Cada sensación que te dicen, la vas sembrando y pegando con tu saliva. Mi tiempo crece y nunca dejará de crecer, la cosecha me la niega él mismo. Pero cuando toda la cámara haya sido, sus más recónditos versos traducidos y repetidos al exterior, mi exterior, cuando mis siete cuerpos lean a plenitud este inmenso libro, y después de pasar por la misma letra, por la misma voz dos veces comiencen a dar sus propias versiones, el que dispara el obturador echará un disolvente al resistol; tlaconetes salados: pero los tallos de mi tiempo, sí y quizás hasta se logre una flor, seguirán cantando y cantando, porque aquí el hastío ni el fin existen; aunque no haya plataforma; o quizás sólo mudarán de piel como las serpientes. Esta pregunta nadie la responde, y aquí si saliera de esta cobarde mitad e investigara y viviera por mi cuenta, tal vez no habría necesidad de echarle un veinte al teléfono, no más "teléfono desconectado". . . pero el atrevimiento no tiene pilas, o mejor dicho se agotó la carga; me queda la odiosa incógnita de la cobardía o del permiso, y tengo

que estar allá, en el lugar que escogí, sin cara entregado al disco, para mí estático, que se está grabando sin cesar de todo lo que soy y hago, en pasado y en futuro, allá, sin mis ojos pues sólo están pendientes en la forma más estúpida de escudriñar hacia esta mitad o hacia el disolvente y lo que hay después de él, en lugar de abandonarse al tallo-cinta grabada que tiene enfrente, desde la a hasta la z. La pila se acaba, meciéndome. Se recobran los ojos, dejan de mirar. La cámara se empieza a llenar de aire, las imágenes que palpaba van cortando el vacío que las unió a mí y el "sentido" empieza a hacer tap! tap! ! tan detestable y con tan mal acento, penetra en los oídos y el hueso de la cabeza, recuerda la foto velada, la refriega contra el hueso. Volviendo a pisar los lugares merolicos; inútil, tengo zapatos. Piso disfrazado por mí, ya soy igual al de la plataforma. Paso con paso me convierto otra vez en globo; intento buscar un espejo para alentar al vacío que vuelva. . . la oscuridad. Por dentro sé que lo único que queda es dar la media vuelta total, brincar las mojoneras y alambres que son de mi altura. . . para verme reflejado en las otras personas, la imagen de siempre, gris, quieta, sin vientos, muerta uno dos dos uno cuando sólo hace unos metros ¿metros? vi siete espejos de imagen viva, descubriéndome la miseria y la vacuidad de lo que pienso y deseo.

La luz. . . aunque mutilada, se encuentra! tras la barrera de circunstancias que me impuse! ! ¡sí, que me impuse! Las pilas no son más que energía efímera y la distancia ha sido inmensamente larga desde que salté, se han agotado, pero no nací con ellas; las conocí por casualidad y si no estaban en mi lista sólo yo soy responsable de ponérselas al radio. No. Caminando por mi voluntad, me queda impulso para el salto. . . la plataforma es la misma, pero no sé cuando ¡mis entrañas regresaron, están de vuelta! ya no encaja su vida en las estructuras férreas, razonan el magnetismo en que estaban y se incorporan a mi lista. Tengo un cuerpo integrado, tal como estaba antes de obtener el pasaporte y la visa, sin embargo falta algo. . . la inmovilidad de las otras personas persiste. . . ¿no dependerá sólo de mí, sentir su movimiento, mi reflejo animado? . . . ¿no dependerá sólo de mí, ocupar todos los instantes de los tallos que pasan entre la boca y la frente? . ¿desmentir la ausencia que sube, puesto que soy presente y los demás también lo son? . . . ellos . . . yo . . . yo . . . ellos . . . hay la misma distancia. . .! ! ¿soy espejo? ! ! ¿estoy inmóvil? . ¿depende de ellos? . . . sin embargo falta algo.



META MORFOSIS

Joaquín Blanco / ENP, plantel Gabino Barreda

A Margarita Luna F.

Su figura estalló y habló de la angustia que no pudo pronunciar. ¡Qué terrible cambio hacía desconocerlo! Las facciones alteradas. Los ojos, enormes y brillantes, miraban con tal desesperación. . . Las manos se clavaban tensas en la colcha maloliente. Sin que nadie lo notara, quizás me sonrió un momento después.

La voluntad es la fuerza suprema. El dios y la muerte son excusas de los débiles. El hombre es el dueño absoluto de la vida y puede manejarla a su gusto. El fuerte no perece. Quien manda sobre su voluntad y conoce los secretos de la muerte puede dominarla, esquivarla, o a lo menos retardarla.

Alguien había colocado el crucifijo en la cabecera mientras Roberto dormía, y ni siquiera lo notamos. Cuando despertó sumió más la cabeza en la almohada, débil y quejosamente. De pronto, lanzó el grito que le aventó la cabeza. Lo había visto en una perspectiva terrible: las piernas, elásticas, se alargaban señalando un camino vertical que se hundía en la tierra; la cabeza diminuta desaparecía entre las rodillas, simbolizando la ausencia de cualquier posibilidad de evadir el dictamen condenatorio. Comprendí el pánico que sentía por la expresión anonadante de su rostro. Su tremenda voluntad de vivir se tambaleaba por un simbolismo. Tomé el crucifijo y lo coloqué sobre la mesa; ahora con todo el cuerpo equilibrado, mostrando la ambigüedad de cuatro caminos contradictorios e impotentes. Suspiró despacio. Adiviné que me sonreía mientras descansaba otra vez su cabeza en la almohada.

Los secretos de la metamorfosis residen en la metafísica y en la biología: lo principal es conocer la trabazón de los seres para El viejo reloj de pared sonó cuatro implacables campanadas. Tres horas tan sólo me separan del momento de la farsa. He dedicado mi existencia humana a descubrir los secretos de los seres más representativos: el hombre, el gato, el cuervo, la serpiente, el. . . ¡sapo! He llegado a un completo conocimiento de la vida, de sus efectos; el más poderoso es el tiempo, pero yo he descubierto que no existe, que el devenir es un presente largo y prolongado: infinitamente extenso. Puedo vivir en estos instantes el tiempo que seguirá a mi muerte.

La cama olía a sudor, el cuarto olía a sudor, el sudor olía a gente amontonada en un cuartucho miserable. Anaqueles llenos de libros desordenados y viejos. Los muebles, inservibles, impedían el paso. Las paredes descarapeladas. En una mesa de cedro había muchos papeles garrapateados y, encima de ellos, una calavera. Un viejo reloj, paradójicamente el único objeto funcionando, colgaba de la pared. Junto a la cama había una bacinica, colocada sobre los libros que él había ojeado últimamente: los cuentos de Edgar Allan Poe, la *History of Egypt* de J. H. Breasted, Las ideas pitagóricas de Favio Loguazzi, el *Directorium inquisitorium* del fraile dominico Eymeric de Gironne. También estaban el *Aura* de Carlos Fuentes, algunos libros rosacruces y varios códices mayas. Los discípulos estábamos encaramados en los sillones rotos o sentados en el suelo. Los ojos del maestro, a medida que transcurrían las horas de la agonía, iban adquiriendo más y más brillo, como dos grandes bolas de obsidiana reverberantes de un sol crudo. Cruzó entonces por mi memoria aquella frase de Joseph Glandville: "El hombre no se rinde a los ángeles, ni por entero a la muerte, salvo únicamente por la flaqueza de su débil voluntad."

Todos mirábamos con angustia el tictaquear constante del reloj. Minutos antes de las siete se movió en el lecho una mano pálida, lentamente, sin alcanzar más de dos dedos de altura, señalando un cajón del armario. Obedecí y extraje el testamento. Nos dejaba sus ideas, sus doctrinas tan ininteligibles como variadas, sus libros, sus apuntes, y nos ordenaba que lo enterrásemos sin ningún sudario o caja que aprisionaran su cuerpo.

Todas las miradas atendían a mis labios que desgajaban los últimos deseos de Roberto. Cuando terminé de enumerarlos —mientras el reloj importunaba siete veces— se volvieron al lecho. . . ¡Muerto! La cabeza abandonada sobre el hombro. La boca llena de saliva. ¡Sus grandes ojos por primera vez vacíos!

Una voz comentó burlona: "—Era como cualquiera: necio y mortal como todos los hombres—". Yo quise lanzarme sobre el sacrílego. Destrozarlo. Hacerle sentir en cada parte de su cuerpo cuánto había lastimado cada fibra



de mi pasión filosófica. Los demás discípulos salieron cabizbajos. Cerré los ojos del muerto.

Después de velar el cadáver lo enterré en el cementerio común. Más tarde, convencido de la demencia, pero lleno de gratitud para el que durante mucho tiempo había alimentado mi avidez intelectual, logré que los restos se trasladasen solemnemente a un monumento. El día señalado para la extracción asistimos a la ceremonia.

Los sepultureros cavaron hasta llegar a los dos metros, pero no encontraron cuerpo alguno, ni había señas que indicasen que alguna vez estuvo allí. Escarbaron en vano tres metros más. Creyendo haber errado el lugar escarbaron alrededor formando un círculo de cuatro metros de diámetro, pero nada apareció. Todo decía que nunca hubiera existido, que se hubiese evaporado, que... ¡qué cosas digo!, que se hubiese ¿trasmutado? ...

La próxima tormenta era evidente, pero ninguno quiso irse sin ver, comprobar y palpar el cuerpo descompuesto para tranquilizar nuestros temores. Yo adivinaba que varios condiscípulos y algunos filósofos invitados sospechaban que yo hubiera robado el cadáver, pero disimulaba. Los sepultureros siguieron cavando y ensanchando el hoyo que habían formado.

Cayó la lluvia como una inmensa cubetada. La tierra se pobló de charcos en medio de un chipcheo ensordecedor que fue interrumpido de súbito por un ruido singular, un chasquido como el croquear de una rana, pero más áspero. Todas las miradas convergieron en el centro de la cavidad: en el lugar exacto donde se inició la búsqueda había un charco mayor, en el cual un sapo, con los ojos enormes y brillantes, repitió su crujido... Con temblor, asombro, duda y muchísimo miedo, nos acercamos al sapo. Aunque palpita-
ba sofocadamente permanecía estático; pero al vernos nos escupió su desprecio y ante mi sonrisa se alejó en saltitos proyectados por sus rítmicas ancas.

Un suspiro largo brota del lecho. La imaginación de Roberto se ha agotado y sin su mundo de fantasía está perdido. Una lágrima brota, va saltando y labrando surcos en su rostro; cuando llegue al mentón Roberto morirá... Falta mucho, muchísimo aún para las siete.